CULTURA NAVAL Y MARITIMA*

INTRODUCCION

Durante el año 1929, José Ortega y Gasset dictó un memorable ciclo de once conferencias sucesivas en los teatros Rex e Infanta Beatriz de Madrid, al no haberle sido posible el uso de recintos universitarios.

El conjunto —así como cada una de ellas, por sí mismas— constituyó el más importante suceso cultural registrado en esa época en España y muy probablemente en Europa, pero tal vez lo más sorprendente de tal acontecimiento fue su éxito inesperado, que por lo multitudinario de la concurrencia que atrajeron los coloquios lo convirtió en el suceso de mayor interés público registrado en los escenarios de la península Ibérica, hasta entonces. El tema: ¿Qué es la filosofía?

La recopilación posterior de los magistrales discursos del pensador estructuró uno de los volúmenes de su obra, intitulado precisamente como motivo del curso "¿Qué es filosofía?"; auténtico tratado, a mi juicio, insustituible como texto para la comprensión y aun inspiración de la audaz y azarosa aventura de los hombres por ascender a los estadios de la sabiduría a través del amor a ella, o sea, del "amor a la sabiduría", origen etimológico del vocablo "filosofía" que Ortega y Gasset, en el ciclo a que me refiero, buscó develar y —hasta donde fuera posible— definir.

Innumerables reflexiones fluyen de la rememoración de este episodio estelar en la cultura occidental, la mayoría de las cuales —pese a su apasionante validez y vigencia— nos alejarían del asunto específico que en la circunstancia presente nos reúne en este lugar y acto; sin embargo, dos me parecen plenamente atinentes a su sentido y significado, justificando por ende la referencia a ellas y extraer, de sus manifestaciones, valiosas y hermosas experiencias.

La primera es que la cultura, aun aquella parte aparentemente superior de su expresión, es motivo de sincera atracción, hondo interés y afanosa búsqueda públicas. Sólo es necesario que al pueblo —entendido éste en su acepción pura y amplia de conjunto humano integral de los países— le sea entregada con la excelencia moral necesaria para dar a conocer la verdad y la propiedad de la verdad no es sino la evidencia de su diáfana majestad ética, siempre ajena a elaboraciones intelectuales, las más de las veces disolventes de la cohesión natural preexistente entre las personas que, sólo nutridas por su influencia, pueden pretender destinos trascendentes como colectividades sociales.

La segunda reflexión es una cita textual de la Décima Conferencia del Ciclo Orteguiano: "Filosofar es sumergirse en el abismo insondable de cada palabra". Frente a ella, nuevamente nos encontramos ante un verdadero compromiso exegético que comprende desde la indudable belleza semántica de esta oración hasta

* Texto del discurso pronunciado por el autor, Capitán de Navio Sr. Mariano A. Sepúlveda Mattus, Director del Centro de Cultura Naval y Marítima de la Armada, en la solemne ceremonia de inauguración del Salón de Eventos de la Armada, sito en el ex edificio de la Escuela Naval en el cerro Artillería, desarrollada el 6 de diciembre de 1990, ocasión en la cual el citado Oficial Superior fue nombrado en sus actuales funciones.

el análisis —consecuente con ella— de cada uno de sus elementos gramaticales, para explorarlos y conseguir de tal escrutinio la perfecta revelación que encierran. Por cierto que no lo haremos, a lo menos en esta ocasión, pero sí tendremos presente tan sabia cuanto hermosa sentencia cuando, a continuación, procuremos desentrañar el significado de las palabras que configuran el tema de esta disertación; no tanto para filosofar, ya que desde mi personal perspectiva carezco de las capacidades necesarias para ello, sino simplemente para procurar, por la vía de la definición, responder con "sincero amor a la sabiduría" y humilde imitación del proceso frecuentado por el insigne madrileño. ¿Qué es cultura naval y marítima?

CULTURA

La cultura, según la acepción académica de nuestra lengua, es el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico e industrial, en una época o grupo social.

Etimológicamente, el vocablo "cultura" procede de verbo latino "colere", el cual, en términos rigurosamente lingüísticos, se traduce como cultivar, que es dar a la tierra y las plantas las labores necesarias para que fructifiquen. Por extensión semántica, sin embargo, y hablando del conocimiento, del trato o de la amistad, cultivar es poner todos los medios necesarios para mantenerlos y también, en un más amplio sentido, es sembrar y hacer producir.

La cultura es uno de los elementos integrales de la civilización. Hay ilustradas opiniones que sitúan el concepto cultura en un ámbito menos extenso que el de civilización, sosteniendo que esta última comprende tanto al progreso material como al moral y la cultura tendría relación sólo con este último; abarcando la instrucción, desarrollo y cultivo de la inteligencia, y la educación, que se refiere a la voluntad. Esta concepción intelectual permite separar la capacidad cultural de los bienes materiales, situación aparentemente difícil, pero extensamente demostrada como posible, especialmente en lo individual. Desde la perspectiva social y colectiva, no obstante, el mayor grado de cultura de un pueblo coincide normalmente con el de su civilización, por ser la cultura el elemento principal de ésta, o sea, la cultura es el ingrediente fundamental de la civilización, la que, a su vez, constituye la expresión de gravitación social de los grupos humanos organizados en procura de sus destinos trascendentes, a partir de sus realidades históricas.

Y es así como las sociedades se representan a sí mismas a través de una vida cultural.

Ahora bien; regresando al sentido de "sembrar y hacer producir" que identifica todo cultivo y se extiende, por derivación, al de cultura, es preciso comprender la evidente necesidad del tiempo en tales procesos. Se requieren ciclos: A lo menos, el de las estaciones; imprescindible será también, en alguna medida, la preparación del terreno, reconociendo así una infancia que puede ser geológica, histórico-social o simplemente humana. Es la cultura, entonces, una preocupación originaria, perseverante y permanente, pues la cantidad y calidad de los frutos dependerá de la calidad del suelo y de su cuidado, devoción que exige, ni más ni menos, amor; afecto por el cual el ánimo busca el bien verdadero o imaginario y apetece gozarlo.

En lo cultural, así entendido, se vinculan pues el pasado —el suelo y su cuidado— con el futuro —los frutos a producirse— articulación que, al existir permanentemente por gracia del Creador, hace posible la eternidad.

Las intrínsecas desigualdades naturales manifestadas en los espacios en que se verifica la cultura constituyen siempre, no obstante, posibilidades para el cultivador e invariablemente le demandarán sacrificio. Este trabajo, por ende, posee inseparables características místicas. Tiene que ser vocacional, personal y humano.

Pero aunque el origen sea así de íntimo, su destino es público, busca prodigarse generosamente en el bien común.

El mundo cultural es, pues, público. La cultura necesita procreación, pero también promoción, y sus obras, más que por precio o duración, valen por lo que transmiten al género humano. La conservación de las obras culturales, desde luego, no es mérito exterior de ellas mismas, sino de la disposición particular de alguien que ve en ellas la necesidad de preservarlas por lo que representan más que por lo que valen. Son obras, más que objetos. Poseen belleza como manifestación de su origen y destino y tienen la durabilidad fluyente de la propia gracia que les es propia en las categorías de los sentimientos y que han recibido como signo y dádiva de la divinidad.

Estas consideraciones conducen a la percepción inevitable de la cultura como preocupación por la belleza, en sus acciones de originar, perfeccionar y preservar; excelsas formas mediante las cuales Dios hace posible, a los hombres, la contribución antropológica a la obra superlativa de su creación.

A través de ellas llegamos a determinar que la belleza, por ejemplo, de un país, es la

suma de lo bello de su naturaleza —obra exclusiva de Dios— y de lo bello de su cultura, labrada por el amor y la voluntad de sus hijos.

La cultura es, además, siempre fiel al medio que le es propio y sólo en su ambiente prospera. Allí se nutre y allí fecunda y cualquier plagio o burda copia sólo la caricaturizan y pervierten. Ella, que es una expresión por esencia de carácter social, colectivo y público en el mejor sentido, resume finalmente su noción genérica en asunto nacional. En cultura de país particular y fisonomía de su entidad ante la faz universal.

Será nuestro acervo cultural lo que nos definirá como pueblo afincado al territorio patrio con nuestras propias exclusivas raíces y que se hace tronco en el legado de nuestros antepasados, sin el cual nuestra existencia nacional no podría sostenerse, ni explicarse ni menos proyectarse al futuro; tal como el árbol hace materia de su instinto de prevalecer, extendiendo sus ramajes hacia el cielo, en ansia de trascendencia y eternidad.

Lo marítimo

Lo marítimo está definido académicamente como lo perteneciente al mar; ya sea por su naturaleza, como los peces, las algas, las conchas, etc.; o por su cercanía, como la costa, sus puertos o poblaciones aledañas, y así; o por su relación política, como el comercio y el poder que se desarrollan en su ámbito.

Es un vocablo paradigmáticamente adjetivo que expresa carácter de tal —o califica así— cuanto sea relativo al mar y que, por lo tanto, hace accesible o asimilable al sentido inmenso que el significado de mar tiene a todo concepto que busque asociarse a él, ya sea en su realidad o en las abstracciones que origina.

Lo marítimo es —ni más ni menos— lo propio del mar, tanto en los estadios del espíritu cuanto en las concreciones de la materia. Desde la inagotable poesía de sus sugerencias hasta la infinita expresión de sus manifestaciones físicas, abarcando y contemplando la inmensidad de las aproximaciones a su conocimiento, desde cualquiera de las categorías gnoseológicas imaginables.

No tendría sentido, más aún ante esta concurrencia, insistir en afanes de determinación semántica del mar o de lo marítimo, aun cuando, por cierto, ello podría ser tema de atrayentes ejercicios filológicos posteriores —¡si ni siquiera hay unanimidad científica en el género, masculino o femenino, de mar! ¿el mar, la mar?...— pero sí cabría agregar, casi como condicionante imprescindible, la noción de mar como realidad y ámbito no sólo físico y especial, sino conceptual y aplicable a su entidad y naturaleza ontológicas. A partir de ellas, lo marítimo se nos representará entonces como atinente a la idea, no siempre substantiva, de mar; a lo que es su más amplia e ilimitada percepción, incluso metafísica, y por lo tanto paradójicamente más real en su carencia de límites de cualquier orden.

Lo naval

Lo naval, a su vez, está definido en la norma oficial de nuestra lengua, como lo perteneciente o lo relativo a las naves y la navegación; pero en su acepción enciclopédica universal y más ampliamente aceptada, naval es lo que pertenece a la marina.

Sin que ambos significados sean contrapuestos, sino plenamente compatibles en sus sentidos —aunque tampoco sinónimos— coinciden en atribuir el arte de navegar a las embarcaciones que surcaban el medio marino original conocido en los antecedentes aun prehistóricos del mundo. Las naves se desplazaron por siglos sólo en el mar, antes que, como hoy, pudieran hacerlo a través de los espacios aéreos de la atmósfera y aun de los vacíos interplanetarios. De allí el vínculo consolidado por la historia entre las naves y su medio original y, por tanto, entre la navegación y las instituciones del mar; las marinas.

Lo naval, entonces, se identifica con ellas y más específicamente con las armadas; expresión ésta de castiza factura hispana que diferencia a las marinas de guerra de las de comercio. Las armadas, por poseer estructuras humanas conformadas por seres comprometidos tanto con la vocación marina, así como también por el juramento de irrestricta fidelidad a sus patrias, han asumido invariablemente el rol tutelar de los intereses marítimos de las naciones; en especial, desde la perspectiva conceptual que los definen, ello les otorga la legítima propiedad distintiva de nuclear, en sí mismas, el sentido, la titularidad y la responsabilidad trascendente de lo naval, que significa, por lo mismo, poder en el mar.

Cultura naval y marítima

Orientado por el consejo del filósofo de nuestra reflexión introductoria, aunque lejos, seguramente, del rigor de su pensamiento, ensayo y propongo una definición como integración del sentido de las expresiones que la componen —aunque, tal vez en esta ocasión, tan sólo se haya atisbado en la hondura de las

palabras— para la expresión "cultural naval y marítima"; pero no en su amplitud genérica, sino referida a lo que ella representa para Chile.

Procede, sin embargo, una advertencia respecto de algo que, muy probablemente, no ha escapado a la generosa atención de este distinguido auditorio, en el orden de los conceptos; me refiero a "lo marítimo", antes que a "lo naval", y ahora vemos que se invierte su ubicación en la frase.

Conforme se desprendería de la exposición, lo marítimo ya comprende lo naval, y con criterio morfológico, la redacción haría bien en respetar tal precedente. Es del caso, entonces, insistir en valorar la irreductible actitud de resguardo de las tradiciones e intereses marítimos mediante el poder de las ideas y el de la fuerza, que lo naval ha sustentado históricamente y que las más de las veces ha consagrado con sublimes heroísmos. Luego, es moralmente justo proyectar la cultura del mar a partir de los sólidos bastiones de aquellos que siempre lo han defendido e impulsado su carácter.

Creo entonces que sería aceptable avistar la cultura naval y marítima, desde nuestra perspectiva, como el cultivo y difusión de la suma de valores trascendentes propios de la tradición naval y marítima chilena, los cuales sustentan, respecto del Mar de Chile, la devoción por su conocimiento, la voluntad de proyección de los intereses a él vinculados y el compromiso de dominio de su ámbito, e impulsan a la raza a identificarse con el destino oceánico que es de su esencia y a consolidar su presencia efectiva en los espacios de su propiedad e influencia.

CENTRO DE CULTURA NAVAL Y MARITIMA. RESEÑA DE SU ORIGEN

La creación del Centro de Cultura Naval y Marítima emana de una resolución que, para el efecto, dictara el 28 de diciembre de 1989 el Almirante don José Toribio Merino Castro, entonces Comandante en Jefe de la Armada.

Su inspiración, preciso es reconocerlo, es fruto de la incansable preocupación y compromiso con su culto y difusión, evidenciados proverbialmente por quien sería su sucesor en el mando supremo institucional, Almirante don Jorge Martínez Busch, nuestro actual Comandante en Jefe, cuyas ideas e impulso fueron acogidos visionariamente por el Almirante Merino y ordenados materializar.

En esta fecha y lugar —estoy cierto que con la honda satisfacción característica de los espíritus creativos— el propio Almirante Martínez ha signado el nacimiento orgánico del Centro Cultural que imaginara y ha tocado repetido a su primera y breve navegación precursora y augural, no obstante de promisorias travesías cuyos destinos tendrán que dar fe de la misión que ha de iluminar sus ideas, orientar los rumbos de sus singladuras y aguardar sus certezas y felices recaladas futuras.

En el documento de su creación se le concibe como "el organismo encargado de ejecutar las políticas culturales que establezca la Comandancia en Jefe de la Armada, debiendo velar por la conservación y acrecentamiento del patrimonio histórico y el acervo cultural, proyectando e incentivando los valores permanentes de la nacionalidad, de la tradición naval y de la importancia vital que tiene el Mar de Chile como realidad social, económica y geopolítica; asimismo, le corresponderá la orientación y control de los museos institucionales".

Orgánica

Considerada tal concepción resolutiva como receptora de la orgánica que concretará la existencia formal del centro, consecuentemente se ha configurado como misión de éste la siguiente: "Con el propósito de contribuir a la formación de la conciencia marítima nacional, comprometida con la convicción de la importancia vital que tiene el mar para Chile, como realidad social, económica y oceanopolítica:

- Ejecutar las políticas culturales que establezca el señor Comandante en Jefe de la Armada.
- Proyectar e incentivar los valores permanentes de la nacionalidad y tradición naval chilenas en la sociedad.
- Promover y desarrollar, con participación ciudadana, investigaciones y eventos culturales destinados a la exaltación de nuestra historia y tradicionales navales y marítimas.
- Velar por la conservación e incremento del patrimonio histórico y del acervo cultural institucional.
- Coordinar las actividades de investigación que realicen los archivos históricos de las unidades y reparticiones de la armada.
- Orientar el desarrollo y controlar el funcionamiento técnico de los museos, archivos y bibliotecas de carácter histórico de la armada".

Su función básica hace del centro "el organismo encargado de contribuir a la misión de la armada, en orden a formar y consolidar la conciencia marítima en la sociedad chilena, con el fin ulterior de afianzar la convicción del valor e

importancia vital del mar en la realidad social, económica y oceanopolítica de la nación".

El reglamento orgánico que ha de prescribir su existencia institucional —actualmente en proceso de aprobación— dicta los preceptos de su organización y funcionamiento y define las responsabilidades específicas de sus integrantes.

Por cierto, cuando su normativa sea promulgada, el centro carecerá de muchos de los medios ideales para cumplir sus propósitos; sin embargo, la ejecutoria moral que los justifica como obra y como potencialidad exigirá de las voluntades que lo integran un compromiso con cuya fortaleza deberán ser vencidas las dificultades, alcanzadas las metas y satisfechos los desafíos.

AUDITORIO DE LA ARMADA

Como hecho central de esta reunión, el señor Almirante ha inaugurado este hermoso recinto de noble configuración arquitectónica, para que desde su ámbito sea irradiado a Chile entero y especialmente al Chile Mar, el mensaje singular y fervoroso de nuestra cultura oceánica nacional.

No podría exhibir otras características si, como tiene que ser, ha de recoger las emociones que jamás dejarán de poblar este solar que los tiempos pasados fueron convirtiendo, según transcurrían, en místico seminario de vocaciones navales.

Durante los 74 años que el edificio en que nos encontramos albergó a la Escuela Naval de Chile, en este preciso lugar se situó su sala de armas, núcleo y vértice de su estructura y crisol ambiental de los más virtuosos sentimientos forjados en su matriz espiritual.

Aquí, donde en perfecto orden se alineaban las formas bruñidas de las carabinas contra sus muros sobrios y solemnes y donde se custodiaba el estandarte ceremonial de la Escuela, también se celebraban las liturgias eucarísticas, por inolvidables hombres de Dios que nos templaron en el alma con las verdades reveladas en la fe. Aquí nos hablaron pensadores ilustres, hombres de acción, conductores sociales, servidores públicos, artistas y, por cierto, nuestros propios jefes institucionales, imprimiéndonos el sello de sus personalidades y dejando huellas imborrables de su elocuencia verbal o de sus sobrias y precisas expresiones. Aquí reímos en las veladas juveniles; nos relajamos con la película semanal; también bailamos con las amadas niñas de nuestras ilusiones adolescentes o vinimos a escuchar música clásica en la penumbra vespertina.

Aquí velamos las espadas en el nocturno de la vigilia visperal a nuestras graduaciones, meditando, como antaño lo hicieron los caballeros del cantar de gesta, en el noble oficio de ser hombres de armas, justos, prudentes y sobrios, pero valientes y decididos en la acción. Aquí nuestras espadas, símbolo del mando naval, fueron testigos de acero de nuestras promesas ante el señor de las batallas, de cumplir los juramentos de fidelidades supremas que al llegar el día pronunciaríamos con íntima convicción y compromiso de amor a Dios, a Chile y a los nuestros, hasta siempre.

Pues bien, desde este auditorio erigido en el espacio que albergara tan noble recinto, no sobre sus ruinas, sino sobre los cimientos espirituales de su significado tradicional, la Armada de Chile ha resuelto difundir su mensaje y cultura y su proclama de fe en el destino oceánico de la nación. Será además un verdadero paraninfo en el cual se engendrarán las ideas, se contrastarán los pensamientos y se debatirán las ponencias académicas, científicas o tecnológicas de interés institucional. Será escenario de auténticas expresiones artísticas, coloquios especializados o actividades propias del quehacer de la armada. Será, en fin, núcleo vivo de la expresión de la cultura naval.

Pronto, también en este noble edificio, se concentrarán la valiosa biblioteca y el archivo histórico centrales de nuestra institución, logros que unidos a la complementación conclusiva del magnífico Museo Naval que ya alberga, harán de él la expresión más integralmente valiosa de preservación del patrimonio cultural naval y marítimo de nuestro tan glorioso pasado, desde la perspectiva que el quiera ser mirado.

CONSIDERACIONES PERSONALES

Al concluir esta exposición, inevitablemente debo referirme a sentimientos personales imposibles de acallar en la circunstancia.

No me es fácil entender las razones que las Autoridades de la Armada, responsables algunas de proponer y otras de aceptar mi nombre como Director del Centro de Cultura Naval y Marítima, han tenido en consideración para honrarme tan significativamente con tal encargo institucional.

Sin duda alguna, numerosos personeros de nuestro entorno cultural reunían y superaban las exigencias concebidas para desempeñarlo con seguro éxito.

Yo no puedo exhibir más que un sincero interés, en gran medida autodidáctico y por lo

mismo bastante inorgánico, por la cultura en general y sus vertientes orientadas a nuestra vocación marítima. Dispongo, también, de un bagaje de años al servicio de la armada, los cuales, además de constituirse en los más intensos de mi vida, representan, por todo cuanto han aportado a ella en los diversos órdenes, mi más abrumadora deuda de gratitud con Dios. Durante ese lapso, el ejercicio de lealtad y devoción a todo cuanto la armada representa constituyó mi intransable prioridad existencial y expediente para consubstanciarme espiritual y moralmente con sus causas, como por cierto quedó demostrado en muchísimas circunstancias cruciales de la vida nacional en que la Armada de Chile, a través de sus hombres, dio prístino ejemplo de consecuencias, inmaculada contribución y decisivo aporte.

Sin duda, esta nueva tarea, tan honrosa como hermosa, constituye un nuevo desafío al que con generosa consideración mi institución me ha llamado, depositando confianza en una capacidad que de la mengua por los años se sobrepone con la experiencia adquirida en la vida naval y en la posterior a ella, rica en misiones dignamente cumplidas en cargos que, como éste, no fueron nunca ambicionados, pero siempre asumidos con el más auténtico sentido de servicio público.

Al dar las más profundas gracias al señor Almirante por el enorme crédito moral que me ha dispensado, sólo puedo decirle, ante esta selecta concurrencia, que la humana nobleza, no histórica ni de sangre, pero limpiamente conquistada, nos obliga más que ninguna otra de nuestras responsabilidades ancestrales.

Y el amor, de cuya fortaleza el Peregrino de la Verdad nos vino a dar testimonio personal, será siempre garantía de voluntad indestructible de ser y hacer.

Con hondo amor asumo pues esta nueva empresa de la vida. A ustedes, señores, ruego su comprensión y apoyo y al Altísimo, al ofrendarle el significado del trabajo que se inicia, le suplico que lo guíe para bien de la cultura naval y marítima de nuestra patria.

BIBLIOGRAFIA

— **Modesto Collados:** *Vigencia y dolencias de la cultura occidental*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1987, 2ª edición.

— **Mario Correa Saavedra:** *En torno a lo cultural*, Editorial Universitaria, Santiago, 1985.

— **José Ortega y Gasset:** *¿Qué es la filosofía?*, Editorial Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1973.

— **Gonzalo Rojas Sánchez:** *Textos fundamentales para una sociedad libre*, Editorial Universitaria, Santiago, 1989.

— *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Editorial Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1988-89.

— **Real Academia Española:** *Diccionario de la Lengua Española*, Editorial Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1984, 20ª edición.

— **Armada de Chile:** *Reglamento Orgánico del Centro de Cultura Naval y Marítima*, 1990.